

# **EN EL NOMBRE DE LA CRUZ**

**Luis Alberto J. Paz**

LUIS ALBERTO JOSÉ PAZ nació el 22 de marzo de 1945 en la ciudad de Santa Fe y reside actualmente en la ciudad Cipolletti en la provincia patagónica de Río Negro, en la República Argentina.

Ingeniero Industrial, vinculado al sector eléctrico y al gremialismo universitario, transitó por la capacitación y el asesoramiento a emprendedores y municipios en programas estatales de Desarrollo Local. Retirado de la actividad profesional, y volcado a la actividad literaria, traslada a la investigación de la historia y a la construcción de la ficción que de ella surge el análisis lógico y racional de su formación técnica.

*A Beatriz, Julieta, Florencia y Marisa*

# Juguetes de Dios

## Antecedentes

En la primera novela de la saga, **La Sombra del Jabalí**, se relata, desde la visión de un general romano espía del emperador Tiberio, hechos trascendentes para el futuro de la humanidad acaecidos en la provincia romana de Judea en el Siglo I d.C. Estos sucesos, de los cuales la historia solo dispone de copias tardías de originales perdidos atribuidos a autores imprecisos, los llamados Evangelios, son tratados por el autor con la libertad que le concede la literatura de ficción, pero con respeto a los personajes reales y fidelidad al entorno histórico y geográfico que los enmarca.

## Recordatorio

Los primeros cristianos consideraban a la cruz un  
instrumento de vergüenza y muerte.  
Su uso como símbolo cristiano en las iglesias,  
reemplazando al crismón de Constantino  
que a su vez había reemplazado al pez de los comienzos, se estableció  
en la Roma Imperial cerca del año 430 d.C.

## AB INITIO

**A**vanzado el siglo *XI* la comunidad cristiana de occidente vivía tiempos difíciles. Los dominios del Sacro Imperio se hallaban frente a una encrucijada: la obediencia a la autoridad religiosa de la Iglesia de Roma o la fidelidad al poder secular de los monarcas germánicos.

El conflicto se había iniciado al rechazar Enrique *IV*, emperador del Sacro Imperio, los decretos papales de los años 1073 y 1074, que retiraban al emperador la potestad de otorgar a laicos investidura de cargos eclesiásticos, rescatando para la Iglesia Romana ese derecho. Como esa medida no fuera impuesta también a los reinos españoles ni francos, tampoco a Inglaterra, el emperador lo entendió como un intento del papa Gregorio *VII* para minar su poder, y estalla la guerra. En el año 1083 invade Italia y depone al Papa Gregorio, que huye de Roma. El germano nombra papa al arzobispo de Italia, Guiberto de Ravena, quien asume como Clemente *III*, y su primer acto pontificio es coronar a Enrique *IV* como emperador en la propia ciudad sagrada.

A la muerte de Gregorio se sucede un año de disputas y anarquía, hasta que asume un papa francés, Urbano *II*, quien cogobernará en el exilio la Iglesia de Occidente hasta el final de sus días, ocurrido en el 1099, siempre con Clemente *III* instalado en Roma como antipapa.

Urbano resucita el conflicto entre la Iglesia y el Imperio, y en medio de esa pugna de intereses la nobleza feudal y el clero cambian de bando cada vez que las circunstancias lo aconsejan, mientras que los burgueses en sus negocios y el campesinado empeñado en la subsistencia viven ajenos al conflicto.

Pero el mundo no sólo era Europa. En oriente sucedían cosas.

A mediados del siglo *XI* la tribu turca de los Selyúcidas, convertida al Islam, se descolgaba desde el norte. En sucesivas oleadas derrotaban a los califas árabes y a los fatimíes de Egipto, enemigos de religión, y en el año 1071 en la batalla de Mantzikert arrollan a los ejércitos del emperador del Imperio Romano de Oriente, Romano *IV* Diógenes.

Toda la Mesopotamia, Irán, Siria, Palestina y parte de la Anatolia cayeron bajo la espada de los implacables guerreros, y en el 1076 conquistan Jerusalén.

Hasta ese momento el mundo cristiano de occidente no se había angustiado demasiado por la pérdida de los territorios asiáticos del Imperio Romano de Oriente. Más bien lo asumían como un castigo divino por desconocer a la Iglesia Católica Romana, pero además de los bizantinos que veían desmem-

brar su imperio, los comerciantes y mercaderes de las ciudades estados de Venecia, Pisa y Génova, perdían por la irrupción de los turcos los acuerdos comerciales y las lucrativas actividades con el mundo musulmán, mientras los reinos normandos del sur de Italia y Sicilia, convertidos en potencia marítima del Mediterráneo, veían crecer un enemigo poderoso.

Mientras tanto, en Europa, los feudos francos eran el único terreno firme en donde el papado, a expensas de la débil corona de los Capétiens, asentaba su dominio. Negociando alianzas y favores con duques y condes más ricos y poderosos que el propio rey, la Iglesia aparecía como única institución organizada para resolver conflictos de intereses, a la vez que jugaba los propios.

Y fue allí, en el país de los francos, donde las terroríficas historias de crueles matanzas a viajeros y peregrinos cristianos, contadas y exageradas por los comerciantes pisaños, venecianos y genoveses que concurrían a las ferias de Troyes, fueron generando un profundo sentimiento de odio hacia todo lo que fuera musulmán, sin distinguir entre turcos y árabes.

En un principio bardos y juglares cantaban en castillos y casas señoriales las atrocidades que sufrían los cristianos en la Tierra Santa, y no tardó la moda en extenderse a los púlpitos de iglesias y capillas de aldea, plasmando en los espíritus de los jóvenes de la nobleza franca y flamenca ardientes deseos de venganza. Y así llegó el día en que toda Europa se santiguaba ante la sola mención de la palabra musulmán, delineando una novedosa unidad cultural y espiritual a partir del sentimiento de rechazo ante el enemigo común: el Islam. Y entonces la Iglesia seducida por el novedoso fenómeno, desde Cluny, el poderoso monasterio benedictino enclavado en el corazón de Borgoña, se pone a la cabeza y comienza su prédica.

Feudos francos, reinos itálicos, posesiones normandas del sur y del norte y hasta comarcas del Sacro Imperio, ignorando el viejo conflicto de las investiduras, ven desfilar emisarios papales con la consigna revelada como nueva Verdad: el Islam materializa la bestialidad del diablo.

Y así fue como, avanzado el año 1095, en el aire flotaba la certeza de que estaba por suceder algo que podría cambiar el rumbo de la historia. Y es aquí donde comienza la nuestra.

*PRIMERA*  
*PARTÉ*

# I

## Reino de Francia Payns. Condado de Champagne Fines de otoño del año 1095

**E**l mes de diciembre del año 1095 había llegado a la comarca suavemente ondulada del valle del Sena, en la región central del condado de Champagne, con temperaturas muy bajas y persistentes lluvias, anticipos de un invierno crudo.

El pequeño caserío de Payns, aldea agrícola del señorío de Montigny-Lapresse, a orillas del río, no ofrecía a la vista nada distinto a los bucólicos atardeceres de esa época del año, excepto por la pertinaz llovizna que se descargaba sobre la región desde hacía varios días.

Los bosques de hayas y robles pintaban de ocre y rojos las colinas hasta donde la bruma permitía ver, y los viñedos, desprovistos de follaje, cubrían de un triste marrón grisáceo los faldeos dejando para los collados y valles bajos más húmedos pasturas amarillentas.

El camino real que bordeaba la margen sur del Sena y llegaba hasta la ciudad fortificada de París, capital del reino de Francia a 24 leguas de Payns, era un lodazal solo transitable a caballo, y el camino a Troyes, centro comercial de la región y cabecera del condado, que se encontraba a 2 leguas hacia el sureste siguiendo el curso del río, no estaba en mejores condiciones.

Se podía decir que en esa fría y lluviosa tarde del mes de diciembre la residencia del señor de Montigny-Lapresse, al que todos conocían por Payns, estaba aislada del mundo.

La sala de recepción, usada en ocasiones como comedor, estaba caldeada por poderosos leños que ardían en el hogar esculpido en el ancho muro de piedras grises que daba al exterior. Las llamas aportaban ondulantes resplandores rojizos, y los candiles a mecha, en el aro de hierro que pendía del techo, encendidos bastante antes del ocaso para anticiparse a la oscuridad, dejaban escapar un cálido olorcillo a aceite quemado.

Los tapices con imágenes de batallas, que cubrían las paredes, aportaban un colorido toque normando y desde el ventanal vidriado, rematado en arco

redondo enmarcado por pesadas cortinas azules con flecos plateados, se tenía una amplia visión de la campiña que se extendía hasta la costa del río. Mirando hacia la izquierda podía verse un bloque de construcciones de madera, destinadas a la conservación de granos y establos para el ganado con techos a dos aguas para aliviar el peso de la nieve; y un poco más lejos, donde el terreno se elevaba en suaves altozanos, un montecito de castaños mostraba sus hojas entre dorados y bermellones.

Al fondo, envuelto en el gris opaco del lluvioso atardecer, se recortaba en el horizonte y sobre la vera del río, el cerco de piedras oscuras que marcaba el límite del señorío de Payns, y casi oculto por la bruma, que por momentos se convertía en una fina llovizna, se disolvía del otro lado del río y hacia el este el bosque raleado de follaje que tapizaba las primeras elevaciones de la meseta de Langres. La humedad que se condensaba sobre el vidrio decía que afuera el aire estaba muy frío, y que sería preciso mantener toda la noche el hogar encendido.

El agradable ambiente era compartido por cinco hombres muy jóvenes, de indudable pertenencia a las clases nobles y acaudaladas.

Tres de ellos estaban sentados en bancos alrededor de una gran mesa central de roble, de corte recto y austero, mientras los otros dos descansaban, reclinados sobre mullidos almohadones en sendos divanes con cabeceras de bronce y patas terminadas en garras de león, ubicados contra la pared a cada lado del hogar. La espesa alfombra de lana, que representaba una escena de caza del jabalí, aislaba del frío del embaldosado.

La espera se había hecho larga y tediosa, y cada uno rumiaba sus propios pensamientos entre el fastidio, la impaciencia y el aburrimiento. Corría el 4 de diciembre. Días atrás el grupo se había convocado en los dominios de Payns y, a causa del temporal, llevaban a cuestras cinco de enclaustramiento en la residencia señorial. Las noticias que esperaban, que podría significar un cambio profundo en sus vidas, se estaba demorando más de lo previsto.

– Esta larga espera no debe ser motivo de preocupación, amigos míos. Ya sabemos que los encuentros entre clérigos se prestan para largas e improductivas discusiones... Lo que en verdad me produce angustia es no poder cabalgar, tensar el arco para ensartar a alguna cierva, o lancear a un jabalí joven entre las marañas y marismas del bosque. ¡Qué tiempo, Dios mío, qué tiempo infame, seguramente invento del diablo! ¡Y yo que me quejaba de la bruma de Caláis!

El que había roto el silencio era un joven de unos veinte años, fornido, de larga cabellera rubia y barba recortada que le hacía aún más agresivo el mentón cuadrado. Grandes orejas enmarcaban un rostro agradable dominado por



la prominente y recta nariz. Era el único que usaba barba.

Ante la indiferencia de los otros se levantó de su asiento en la cabecera de la enorme mesa y, con paso cansino, enfiló hacia el ventanal. Por décima vez en ese día alentaba la remota esperanza de ver un mísero reflejo purpúreo en el cielo crepuscular.

– Mi querido Godofredo de Saint Omer –dijo desde el diván más cercano al hogar un mozo con algún año más de edad, de cara sonrosada y rasurada, pelo rojizo cortado con taza a la altura de las orejas y algo excedido en peso–, me cuesta creer que en circunstancias tan dramáticas para nuestras vidas todo lo que se os ocurre lamentar sea no poder salir de caza. ¡Vaya con vosotros los normandos... aunque sólo lo seáis por adopción ya que por las orejas diría que sois un burro celta! ¿Es vuestra única ambición en la vida llevar un arma en la mano y un casco en la testa? ¿Nunca osasteis empuñar un libro, amigo mío? ¡Válgame Dios si vosotros sois el futuro del mundo, como dice vuestro duque..!

Arrellanándose en los almohadones cerró los ojos para seguir dormitando mientras un corrillo de risitas apagadas le acariciaba los oídos.

Godofredo, de cara al ventanal con la vista perdida en el paisaje gris, había escuchado impasible con los pulgares metidos debajo del ancho cinto de cuero. Al cabo de un rato giró la cabeza buscando por sobre el hombro al que había hablado.

– Maese Pierre du Guesclin –dijo con solemnidad exagerada–, admiro vuestro ingenio, pero creo que os valdría ir olvidando los succulentos jamones, los panes de centeno, los quesos picantes de oveja y el coñac del Loira y empecéis a pensar un poco más en achicar vuestra barriga y en aprender algo de las artes de la guerra para satisfacer a vuestro tío, ese que os mantiene. Y si por esas cosas la mente se os aclara y optáis por hacer algo para conservar la existencia ante los peligros que se avecinan, me ofrezco como instructor de espada, aunque viendo el paño doy fe que va a ser tarea difícil hasta para un experto soldado normando de orejas galesas... nacido en Arras de padres flamencos como yo.

Sonoras carcajadas y algunos aplausos festejaron la ocurrencia, pero el joven Pierre rehusó el combate y se arrellanó mejor entre los almohadones luego de un gesto displicente. El sobrino preferido del conde Esteban de Blois, uno de los señores feudales más ricos y poderosos de Francia, señor de la Región central del valle del Loira desde Orleáns a Tours, vasallo de la corona francesa unido en afecto e intereses con el papa francés, esta vez no presentaría batalla.

– Creo que ésta será otra jornada que terminará sin noticias, los caminos

deben estar imposibles –dijo desde el otro extremo de la mesa, luego de un corto y embarazoso silencio, el que aparentaba tener mayor edad–. Vale que vayamos pensando en la cena que madame Margueritte nos ha preparado, rogando en la oración nocturna para que el día de mañana pare la lluvia y termine con este encierro.

Vestía informalmente, con la ropa propia de alguien que está en su propia casa. En lugar de las botas hasta media pierna y puntera aguda que calzaban los otros, tenía enfundados los pies en unas babuchas de paño verde.

– Amigos míos, no desesperéis –continuó en tono amistoso al ver las caras largas–, todo llega en la vida. Estos días de espera serán nada comparados con los años de sacrificios que tendréis por delante, si todo va de acuerdo a nuestros deseos y el Altísimo nos lo concede. Tomadlo como prueba para vuestros espíritus, que seguramente no os faltará ocasión de recordar con nostalgia el ocio y la comodidad que disfrutáis por estos días.

Guiscard de Paganis, primogénito del dueño de casa y encargado de atender a los visitantes, era un joven brillante. Sus conocimientos de leyes adquiridos en París, y el sentido común con que sustentaba sus opiniones, le habían permitido ganarse el respeto de los demás. Sus palabras eran escuchadas con atención aunque en esas circunstancias era natural que de poco sirviesen.

En el segundo diván, ubicado más lejos del hogar, un joven de aspecto refinado que había pasado gran parte de la tarde dormitando estirado a todo lo largo, se incorporó trabajosamente. Luego de distender aparatosamente las articulaciones de los brazos y del cuello se volvió hacia Guiscard.

– Comparto lo que habéis dicho –dijo con marcado acento flamenco–, pero si no os ofendéis yo le agregaría otro pedido al Altísimo...

Todos le miraron con curiosidad mientras terminaba de sentarse.

– Desde que se terminó la carne de las perdices y el venado cazado por Godofredo, y el jamón del Loira que trajo Pierre... los guisados de verduras, legumbres y huevos poché que nos regala todas las noches vuestra ama de cocina, la dama Margueritte, amigo mío, solo son pasables gracias al odre de vino perfumado que ha traído el Borgoñés... y mi pedido es que cuando se acabe vuestro padre nos deje a mano las llaves de la bodega.

Mientras otra vez la risa fácil llenaba la sala el flamenco se puso de pié mirando hacia la mesa donde estaba sentado un joven de aspecto distinguido, enfrascado en la lectura de un voluminoso tomo encuadernado en cuero rojo. El joven había levantado la vista del libro y le sonreía amistosamente.

Roberto de Croan, el Borgoñés, era nacido en una pequeña aldea fortificada del norte del ducado de Borgoña. Por generaciones su familia había sido determinante en la oposición a los intentos de incorporar su territorio al reino de

Borgoña, o de Arlés, como se le llamaba para diferenciarlo del ducado, con lo cual las ricas tierras francesas quedarían de hecho asociadas al Sacro Imperio. Con grandes esfuerzos económicos y militares habían defendido la posición como vasallos de la corona de Francia, fieles al Papado. Esa actitud de fidelidad a París y al papa le había merecido al señor de Croan el reconocimiento de la Iglesia, a la vez que una estrecha y amistosa relación con la familia real francesa de los Capétiens.

Roberto llevaba tres años viviendo en la Ile de France estudiando artes militares con instructores de la corte de Felipe I, y Raymundo de Artois, el sobrino y protegido de Balduino de Flandes que había hecho alusión a su vino, le caía bien. Su tío, hermano de Godofredo de Bouillón, había comprometido la participación del condado en la resistencia al Imperio, manteniendo su independencia, y ese detalle limaba el recelo que como borgoñés sentía por los flamencos.

Los cuatro jóvenes habían sido convocados siguiendo expresas y discretas instrucciones, y la elección del dominio de Montigny-Lapresse, llamado desde los tiempos merovingios de Payns, se debía a su situación en el corazón de la Champagne y en el compromiso de la familia Paganis con el rey y la causa del papa francés.

El primero en arribar a había sido Pierre du Guesclin, el sobrino del conde de Blois, veinticinco días atrás. Portador de dos enormes jamones de jabalí curados con salitre y varias hogazas de pan de centeno, había adelantado su viaje desde Lorena por un motivo ajeno al de la convocatoria, y ese motivo llevaba un nombre: Annette. La mano de la hija del señor de Payns era pretendida por Pierre desde que la conociera en una feria de Troyes, años atrás, a la que sus padres habían asistido como comendadores reales.

Algunos días después llegaron los flamencos Raymundo de Artois y Jan Frans de Roelants, su medio tío. Este último, un joven flaco de pelo pajizo, cara pálida y alargada, era primo y embajador de Roberto II, el nuevo conde de Flandes. Tras dormir algunas horas y después de una conversación privada con Mauricio de Paganis, el señor de Payns, con quien su padre había combatido para repeler una incursión vikinga por el Sena, uno con las armas de Flandes y el otro bajo el estandarte de la corona de Francia, había continuado viaje hacia la ciudad de Clermont distante de Payns unas setenta leguas al sur.

Por esos días, en esa ciudad fortificada de la Auvernia, se celebraba un concilio de obispos de la Iglesia Católica, y la misión de Jan Frans consistía nada menos que entregar a Su Santidad, el papa Urbano II, un sobre lacrado con el sello del conde de Flandes, y otro similar estampado con el águila bicéfala del

emperador romano de Oriente, Alejo I Comneno. Además, el flamenco era portador de una faltriquera de cuero en la que guardaba un sobre doblemente lacrado sin escudo de armas ni iniciales.

– Nadie debe conocer la existencia de lo que oculta este cuero. Lo entregaréis personalmente al papa, solo y sin testigos, sin la presencia de terceros aunque en ello debáis empeñar la vida. Son las órdenes del conde.

Esas habían sido las instrucciones recibidas por Jan Frans cuando, cabalgando junto a Raymundo, fueran abordados en un recodo del camino a Arras, fuera de la vista de ojos indiscretos, por un heraldo que lucía en el peto la divisa de Flandes, un león negro sobre fondo amarillo.

El flamenco había partido de Payns con sus tesoros en la alforja y un caballo de refresco al rayar el alba del 17 de noviembre, luego de desestimar, sin ofenderle, el generoso e insistente ofrecimiento del señor del lugar de consignarle un escudero para que le acompañe en el largo viaje. Solo y sin testigos. Así lo había ordenado su primo y señor.

Dos días antes que empezara la lluvia había arribado a los dominios de Payns Godofredo de Saint Omer. Con tiempo suficiente para organizar una cacería por el bosque cercano, del otro lado del Sena, permitió a dama Margueritte reforzar su despensa con una cierva joven, un jabato al que trozó y puso a curar en sal, y varias perdices. Godofredo, hijo de la noble familia flamenca de los van der Weyden, había pasado su niñez y adolescencia en Kortrijk, a orillas del río Lys, aprendiendo de la mano de su padre el arte de las armas y el gusto por la caza. Establecido más tarde en Saint Omer, donde adoptó el gentilicio, conoció a quienes serían sus amigos borgoñones y a los Paganis de la Champagne. Poco después fue contactado por los embajadores de la Alta Normandía y parte a Rouen con el título de instructor militar del ducado. A partir de ese momento fue rebautizado por sus amigos como el Normando.

La extraña convocatoria para el encuentro en la Champagne le había sorprendido en el asentamiento fortificado de Bonsecours y, seducido por su espíritu aventurero, no dudó en pedir licencia. El recrudecimiento del estado de guerra entre el ducado de Normandía y la corona de Francia le obligó, en su viaje a Payns, a dar un largo rodeo por las tierras boscosas del sur para evitar encuentros con las patrullas del rey.

El último en llegar había sido Roberto de Croan, el Borgoñés, cuando ya el mal tiempo se había desatado anegando campos y convirtiendo los caminos en lodazales pegajosos. Había partido de París con una escolta de lanceros de la Guardia real, y los soldados, con la aldea de Payns a la vista, habían emprendido el regreso ante la amenaza de recrudecimiento del temporal.

Ninguno de ellos tenía en claro el motivo por el cual habían sido elegidos, sin embargo, impregnados de los ideales de fe que campeaban en esa parte del mundo por esos días, enterados del concilio de obispos que se celebraba en Clermont e informados por Raymundo de la secreta misión de Jan Frans ante el papa Urbano, descontaban que los monjes benedictinos de la Orden Cluniacense del monasterio de Cluny, en la Borgoña, mucho tendrían que ver. Y a medida que trascurrían los días de reclusión crecía la certeza de que serían parte de algo que se estaba gestando y que transformaría sus vidas.

A esa altura del otoño al ocaso le seguía sin transición la oscuridad, y la noche había llegado acompañada por la lluvia. El redoble de cien tamboriles se había descolgado de improviso sobre los tejados, acompañado de oleadas furiosas del viento del norte que auguraba más agua.

– Mi querido Roberto...

La voz de Godofredo se elevó por sobre el chasquear de la lluvia.

– Vos que estáis tan cerca de la corona francesa y mantenéis amistad con los Capétiens, ¿cómo se ha tomado en la corte de Paris la excomunión que nuestro Odo de Lagery le ha propinado a Felipe?

La atrevida pregunta del Normando, a pesar del tonillo de chanza al llamar al papa Urbano por su nombre, alertó ojos y oídos. Todos sabían que revistaban en bandos opuestos y que a veces una broma podía herir más que una daga.

Roberto de Croan cerró el libro, echó el cuerpo atrás y apoyó la espalda en la silla.

– Caer en redes amorosas a edad tan tardía –insistió Godofredo en el mismo tono–, en la que en lugar de practicar tiro al blanco en camas ajenas debería estar acunando nietos, no fue del agrado del Vicario de Cristo...

En realidad las debilidades del rey no eran asunto de interés para el Borgoñés. Él frecuentaba la corte de París solo por imposición de su actividad militar, y la ironía de Godofredo, en quien a pesar de lucir los colores del duque de Normandía ni por asomo veía a un enemigo, dio pie, para alivio de los otros, a que aflorase el fino y sarcástico humor que todos le conocían.

– ¡Ay... Santos silenciosos! –exclamó luego de reflexionar un momento en medio de una expectante atención–. Si vosotros hubierais visto de cerca sin afeites ni maquillaje, y sin la peluca a doña Berta de Holanda, la esposa del Rey, como la he visto yo... y a la bella Bertrade de Montfort quien hoy la reemplaza en la cama, aún siendo la esposa del poderoso conde de Anjou, asumiáis sin dudar el riesgo de ganarse semejante enemigo como hizo el viejo Felipe. La excomunión y las amenazas de arder en el infierno son el precio que aceptó pagar por cambiar a Doña Berta por las delicias escapadas de An-

jou...

Después de unos segundos de silencio sonoras risotadas atronaron el ambiente. La excomunión impuesta recientemente por el papa al rey de Francia Felipe I por repudiar a su esposa y contraer matrimonio con una mujer casada, sin autorización de la Iglesia, era la comidilla del día de la nobleza franca, pero más que una cuestión de estado se entendía como una sanción a las travesuras del maduro monarca. Si bien la excomunión de un rey liberaba a sus súbditos y electores del juramento de obediencia, a ningún noble ni vasallo del reino se le ocurriría hacer uso de esa prebenda.

– En realidad –agregó Roberto una vez acalladas las risas–, Urbano ha llegado tarde, Felipe ya tenía reservado un albergue en el infierno desde largo tiempo atrás.

Entusiastas aplausos y más risas remataron la ocurrencia ahogando por un momento el furioso chapoteo que bajaba del tejado.

– Eso sí, osado Normando, cuando os refiráis a Su Santidad llamadle por el nombre que asumió ante la cristiandad: Urbano II. Aquel Odo alegre y dicharachero que conocimos de en Cluny se perdió en Ostia, y todavía llora por el recuerdo de la Roma que disfruta Clemente.

Las voces encimadas con las risas y el incesante golpeteo de la lluvia, les había impedido escuchar los frenéticos lamentos de los mastines de caza, encerrados en los cubiles cercanos al cobertizo de las ovejas.